
Grafiás y sonidos del sarcófago paleocristiano de Santa Engracia (Zaragoza)

Author(s): Juan Francisco Mesa Sanz

Source: *Latomus*, AVRIL-JUIN 2000, T. 59, Fasc. 2 (AVRIL-JUIN 2000), pp. 403-413

Published by: Société d'Études Latines de Bruxelles

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/41542171>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to
Latomus

JSTOR

Grañas y sonidos del sarcófago paleocristiano de Santa Engracia (Zaragoza)

§ 1. Introducción

La inscripción que presenta uno de los dos sarcófagos que, en la actualidad, reposan en la cripta de la iglesia de Santa Engracia (Zaragoza) ofrece no pocos problemas de interpretación y datación. Fuera de toda duda queda que ésta se realizó en fecha posterior a la confección del susodicho sarcófago, puesto que la relación entre ésta y las imágenes da lugar a numerosas confusiones ⁽¹⁾. Así sucede, por ejemplo, en la escena que representa a la mujer cananea, cuyos nombres son MARTA XP ⁽²⁾ ZO ; o en la representación de la conversión del agua en vino XP *Facceus Muses* ⁽³⁾. Los avatares de la pieza — enterramiento, exhumación, destrucción de la Basílica en época napoleónica, etc. — desanimaron a Hübner de realizar una autopsia ⁽⁴⁾. La restauración ha supuesto confirmar que la lectura realizada por Fr. L. B. Martón (*Historia del subterráneo santuario oy Real Monasterio de Sta. Engracia de Zaragoza* [Edición facsimilar del libro impreso en Zaragoza en 1737 por Juan Malo], Zaragoza, 1991) era correcta, puesto que ha confirmado algunas lecturas discrepantes : así, por ejemplo, frente a la lectura INCRATIV generalizada en las publicaciones, Martón y ahora la propia pieza ofrecen INCRATIVS ; la coincidencia se extiende como es natural al resto de la inscripción conservada. Por ello, la transcripción completa es la que une a la conservada en la actualidad la lectura de este autor del siglo XVIII. Su texto completo, organizado por escenas es el siguiente :

(1) J. VIVES, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona, 1969, p. 131 n° 374. De la misma opinión fue E. W. E. HÜBNER, *Inscriptiones Hispaniae Christianae*, reimpr. Hildesheim-New York, 1975 [= 1892, supl. 1900], p. 48, n° 152 : «nomina vero sine dubio sarcophago inscripta non sunt ante saeculum quintum vel etiam sextum».

(2) Representamos así el crismón, que, como veremos (§ 3), en todos los casos se refiere a la imagen de Cristo.

(3) Representamos con versalitas (e.g. MARTA) los nombres que se ven hoy en día gracias a la restauración de la pieza ; en cursiva (e.g. *Muses*) los que debemos a la transcripción realizada en 1737 por Martón.

(4) «Nam vidi quidem sarcophagos, sed repperi ita tectos coloribus nuper impositis, ut nomina illa legere non possem» (E. W. E. HÜBNER, *Inscriptiones Hispaniae Christianae* [n. 1], p. 48).

Lateral izquierdo :*isac adan evva*Lateral derecho :

ADAN [EVVA]

Frontal :

Mujer cananea :	Orante :	<i>Recepta ad deum :</i>	Curación del ciego :	Conversión del agua en vino :
XP ZO	ARON INCRATIVS	PETRVS FLORIA PAVLVS	XP <i>xustus</i>	XP <i>faceus muses</i>
MARTA	ZACO	ZO		

En las líneas siguientes analizaremos los rasgos lingüísticos más relevantes con el fin de tratar de profundizar más en su interpretación.

§ 2. Rasgos lingüísticos de la inscripción

Una primera observación de la pieza muestra que se trata en su mayoría de nombres bíblicos, del antiguo y del nuevo testamento, por lo que su llegada a la lengua latina se ha producido del hebreo originario a través del griego. Sólo tres nombres se escapan a este rasgo : INCRATIVS, posiblemente asociado con la mártir zaragozana de principios del siglo IV d.C. ; *Xustus*, nombre de algunos de los Papas de los primeros años de la Iglesia (5) ; y FLORIA, que nada tiene que ver con la religión cristiana y podría tratarse del nombre de la difunta (6).

Los rasgos lingüísticos que aparecen en la inscripción y que la alejan del latín clásico son los siguientes :

Vocalismo :

Contracción de vocales del mismo timbre en hiato : *Aron* < *Aaron*, *Isac* < *Isaac*.
Confusión entre *i* y *e* : *Incratius* < *Encratis* (¿o *Encratia?*) (7).

(5) Ambos nombres aparecen citados en PRUDENCIO, *Peristh.* II 22 (*Xustus*) y IV 109 (*Encratis*).

(6) Tal vez por esta razón E. W. E. HÜBNER, *Inscriptiones Hispaniae Christianae* [n. 1], p. 48) pensó que pudiera tratarse de un nombre preexistente de una antigua inscripción ; no obstante, las características del tipo de letra, así como de la incisión de ésta sólo permitiría admitir tal hipótesis en el caso de que pudiera demostrarse que esa inscripción preexistente era pintada, lo que en la actualidad resulta imposible. El nombre *Floria* tiene un paralelo peninsular en Mérida (*CIL* II, 521) ; en masculino existen otro dos (cf. J. M., ABASCAL PALAZÓN, *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia, 1994, p. 141).

(7) Se añade un cambio en la terminación *-ius* por *-is* (o *-es* ; también *-ia*) que analizamos más adelante (§ 2.2).

Grafía *u* por *y*: *Xustus* < *Xystus*, *Muses* (¿ < *Myses?*) < *Moyses* (8).
 Monoptongación *æ* > *e*: *Facceus* < *Zacchaeus*.

Consonantismo :

[w] grafiado *vv*: *Evva* < *Eva* (9).

[j] grafiado *z*: *Zaco* < *Iacob*, *Zo* < *Iob*.

B, en posición final, no se grafía — probablemente no se pronuncia —: *vid. supra*.

M, en posición final (perteneciente a la raíz), > *n*: *Adan* < *Adam* (10).

(8) La vacilación en la grafía es muy abundante en este nombre, puesto que tanto *o* como *y* son largas ([o:] y [ü:] respectivamente), secuencia que resultaba de muy difícil pronunciación para un hablante latino (§ 2.1). No obstante, la cantidad no sería percibida ya en esta época, si atendemos a que se había iniciado el proceso que conduciría a la pérdida de la cantidad (J. J. ISO ECHEGOYEN, *Notas sobre la pérdida de la cantidad vocálica en latín* en *CFC* 16, 1979-80, p. 101-108, p. 105); este hecho no hace sino redundar en el carácter difícil de la secuencia de este nombre propio.

(9) No es frecuente en la península la aparición de este fenómeno, ya que los únicos ejemplos que se registran corresponden a *u* vocálica: *Puupius* y *Luucius* (*CIL* II 3434), *conuentuus* (*CIL* II 2416), *socruus* (*CIL* II 3322), *Perpetuuu* (*CIL* II 196). El último ejemplo, donde *VV* aparece ante vocal, puede sugerir que nos encontramos ante la grafía del llamado «glide» o sonido de transición que no solía grafarse en lengua latina; es éste el que facilita la fricativización posterior que llevará a la confusión de *v* y *b* (M^a. J. FERRER ECHAVARRI, *El nombre prerromano de Zaragoza en Caesaraugusta* 63, 1986, p. 17-47, p. 39-43; cf. para un análisis más extenso J. L. MORALEJO ALVAREZ, *Sobre las vocales largas latinas* en *Archivum* 31-2, 1981-2, p. 557-591, donde, por ejemplo, se propone que *PLVO* debe leerse *pluvo* y no *pluo* (*ibidem*, 561)). No faltan, por ello, los ejemplos en los que se grafía *u* consonántica: *[F]ravvitus* (*CIL* III 9510), *Ravvenae* (*CIL* III 8836). Son ejemplos que tal vez apuntan hacia la diferenciación de la fricativa bilabial sonora que provocó desde fecha muy temprana (siglo I d. C.) el fenómeno del betacismo, la confusión de *b* y *u* en posición intervocálica (J. HERMAN, *El latín vulgar*, trad. de C. ARIAS ABELLÁN, Barcelona, 1997 [= 1975 más actualización], p. 56; en el caso de estas dos grafías no sólo se produciría en esta posición, sino que se extendería al resto de las posiciones de la palabra [*ibidem*, p. 48-9]).

(10) En la práctica, *n* y *m* en posición final de palabra venían a ser la grafía de los diferentes alófonos de un fonema nasal; eso sí, teniendo en cuenta que la *-m* se elidía con cierta frecuencia en las inscripciones y permitía la elisión en verso, aunque también daba lugar a la formación de una larga por posición, esta grafía sería la representación de poco más que una nasalización de la vocal a la que acompañaba (P. MONTEIL, *Elementos de fonética y morfología del latín*, trad. de C. FERNÁNDEZ, Sevilla, 1992 [= 1967], p. 96; J. MOLINA YÉVENES, *Iniciación a la fonética, fonología y morfología latinas*, ed. preparada por E. BORREL VIDAL, Barcelona, 1993 [= 1966 con adiciones], p. 45; M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre*, München, 1926-28 [reimpr. 1977], p. 222-6). Este último autor señala la importancia de este paso en las lenguas romances (*ibidem*, p. 224): «In den romanischen Sprachen ist ausl. *-m* spurlos untergegangen; ausgenommen sind nur einige Einsilber, in denen es durch *-n* fortgesetzt ist: lat. *rem* frz. *rien*, lat. *quem* span. *quien*, lat. *m(e)um* frz. *mon*». Disponemos de algunos ejemplos de este mismo fenómeno en las inscripciones de la península: *CIL* II 1765 (*cun*), 6302 (*mimoran*) o 5181₂₂ (*tan mulieribus*).

Z original (griega) grafiada *f*: *Facceus* < *Zacchaeus* (cf. *Floria*).

H no grafiada: *vid. supra*.

Este resumen de los rasgos que se producen indica que la inscripción posee elementos suficientes para afirmar que se ha realizado en ella una grafía fonética. No deja de sorprender el hallazgo de un intento de adaptar la escritura a la pronunciación en una pieza de lujo como es el sarcófago en cuestión. Por ello, resulta adecuado admitir las fechas propuestas por Hübner, siglos V o VI, puesto que «la expansión de la cultura y una cierta uniformización, más discutida teóricamente que con pruebas, de la lengua en los siglos III y IV, sobre todo, han llevado a un cierto reestablecimiento de las formas regulares en todos los epígrafes hispanos sin que podamos mostrar más que breves muestras en contrario»⁽¹¹⁾. Por otra parte, cierto es igualmente que algunos de estos fenómenos son harto conocidos en la lengua latina desde el periodo arcaico — contracción, monoptongación, relajación o desaparición de la pronunciación de *h* o de *b* en posición final, etc. —, por lo que no precisan de mayor explicación y se consideran habituales en todo texto que se aparte del latín clásico.

§ 2.1. *Xustus*⁽¹²⁾ está grafiando el nombre del Papa *Xystus*. Como es sabido⁽¹³⁾, la letra <Y>, procedente del griego y adoptada por el alfabeto latino con el fin de transcribir nombres griegos en el siglo I a. C., equivalía fonéticamente a [ü]. Por ello, tal como había sucedido en el periodo de formación de la lengua latina, en aquellas zonas en las cuales no se percibía este sonido como propio, su realización era [i] o [u], en función de si primaba el carácter palatal o el labial respectivamente — con sus correspondientes desarrollos grafemáticos <ï> y <u> —. De hecho, estas dos articulaciones serían las que conocería la lengua latina fuera de los círculos cultos concedores de la pronunciación griega⁽¹⁴⁾. Creemos que puede haberse visto afectado por este mismo fenómeno *Muses*. Sólo en los concilios visigóticos de Toledo, a modo de ejemplo, tenemos las siguientes posibilidades para transcribir un nombre que, sin duda, contenía problemas articulatorios graves⁽¹⁵⁾: *Moses*,

(11) M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Movimientos fonéticos en el latín visigodo en Emerita* 25, 1957 p. 369-386, p. 371.

(12) No creemos que sea oportuno restituir *Zustus* por coherencia con *Zaco* y *Zo*, tal como hizo J. VIVES, *Inscripciones cristianas* [n. 1], p. 131.

(13) E.g. M. BASSOLS DE CLIMENT, *Fonética latina*, Madrid, 1962 [reimpr. 1981], p. 37.

(14) Sin ninguna pretensión de exhaustividad, los ejemplos de grafía *u* por *y* se multiplican; sólo de *CIL* II podemos citar los siguientes: *Berulla* (2233), *Berullus* (6006), *Clum(ene)* 6260₁₀, *Cruse* (1274), *Cruseid(is)* (6107), *Chruse* (1563), *Chruseid(i)* (5981), *Dionusus* (4970₁₆₅), etc.

(15) *Vid. supra*; no debemos olvidar que en su origen se trataba de una secuencia de dos vocales largas.

Moyses, Moyses, Mysēs (16). De todas ellas, la última, por las razones arriba apuntadas, es la más próxima a la grafía que aparece en la inscripción. Las diferentes posibilidades son debidas a la primacía de una de las dos vocales al deshacer el hiato (*Moses o Mysēs*) o a una grafía que probablemente trata de restituir la original (*Moyses, Moyses*). La solución final más extendida será *Moses*, para lo cual habrá colaborado la apertura del timbre *u > o* que comienza a extenderse en el siglo VII (17). Así, del paso producido ya en latín vulgar de [o:] a *o* cerrada y de [u:] a *u* cerrada (18), pasaríamos a partir de ese momento a la confluencia de ambos en el timbre *o*. Podríamos considerar que localizamos aquí un posible término *ante quem* para la confección de la inscripción (19).

§ 2.2. *Incratius*, referido a un personaje femenino, sorprende. Sin duda, menciona a *Encratis* (20) o *Encratia*. La pieza no ofrece ningún tipo de duda respecto de la lectura *-ius*, de tal manera que la cuestión es comprender cómo se ha producido el paso de un nominativo de la 3ª declinación a un nominativo de la 2ª, identificados habitualmente de género masculino. El fenómeno inverso, la construcción *-is* de un nombre propio formado con sufijo *-io-* (21) no es extraño a la lengua latina, donde se ha señalado que son frecuentes en las inscripciones oscas (22); por otra parte también se ha considerado la terminación *-is* como un grecismo, puesto que es en las inscripciones griegas y en los papiros donde se da con mayor frecuencia (23). Su extensión en la península se produce desde época temprana hasta el siglo VIII d.C.: *Flavis, Pissinnis, Strobilis, Sertoris, Sergis* (24). A todas luces, la solución esperada

(16) J. MELLADO RODRÍGUEZ, *Léxico de los concilios visigóticos de Toledo*, 2 vols., Córdoba, 1990 II, p. 427 s.v. *Moses*.

(17) M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Movimientos fonéticos* [n. 11], p. 372, señala que la región donde se produciría con mayor intensidad es «toda la Bética y la Cartaginense, con ciertos desarrollos por el valle del Ebro».

(18) M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre* [n. 10], p. 55-7.

(19) Las hipercorrecciones (restitución de *u* incluso en algunos casos en los cuales no era original) debidas al influjo erudito de los notarios mozárabes supondrían un elemento distorsionador de esta datación (M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *Movimientos fonéticos* [n. 11], p. 373).

(20) Es esta la forma atestiguada: *CIL* II 2406 y 2439 (*Encrati* ¿por *Encratidi*?). J. M., ABASCAL PALAZÓN, *Los nombres personales* [n. 6], p. 351 considera el nominativo *Encrates* para la segunda de estas dos inscripciones, restituyendo así el nombre griego (cf. igualmente *CIL* II 5325 (*En[cr]ates*)).

(21) Sufijo empleado con frecuencia para la formación de nombres (M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre* [n. 10], p. 288-293).

(22) A. CARNOY, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, Bruxelles, 1906 (reimpr. Hildesheim, 1983), p. 231 atribuye a este elemento osco la posible multiplicación de esta flexión en la península.

(23) *Ibidem*.

(24) A. CARNOY, *Le latin d'Espagne* [n. 22], p. 230. Añadimos la aparición del pronombre *alis* (*CIL* II 2633) y el sustantivo *avunculis* (*CIL* II 5708 y 5720).

hubiese sido *Encratia*, al igual que de *Foresis* se produce *Foresia* (CIL II 1455), de *Romulensis Romulensia* (CIL II 1059) o de *Vetiponensis Vetiponensia* (CIL II 1467); la razón no sería otra que marcar con claridad el género femenino. Sin embargo, se produce un cambio de *-ius* por *-is* extraordinariamente extraño — existe un sólo paralelo en una inscripción alejandrina, *Vitalius* (CIL III 6581₁, 20) — para el cual sólo podemos argumentar que se ha producido una hipercorrección; esto es, puesto que una alteración frecuente era un nominativo *-is* donde debía aparecer *-ius* — o una terminación *-ia* más esperable por su identificación con el género femenino —, el redactor restituye por error un nominativo *-ius* donde tenía que escribirse *-is*.

§ 2.3. En último lugar, atenderemos al que quizá constituye uno de los rasgos más sorprendentes de esta inscripción: la relación *Zo, Zaco, Facceus*. Carnoy (*Le latin d'Espagne* [n. 22], p. 157) consideró normal el empleo de <Z> por tratarse de nombres propios llegados por la intermediación del griego. Para él, se tendió a prodigar esta grafía en estos nombres del mismo modo que durante la Edad Media se colocaban <y> y <h> «con generosidad» en todos los nombres que tenían apariencia griega.

«Au reste, ces deux graphies ne méritent pas une attention spéciale. Le graveur n'était pas précisément un phonéticien délicat puisqu'il a écrit *Faccheus* (sic) pour *Zaccheus*. Cela seul nous montre qu'il ne connaissait pas exactement la valeur du z.» En efecto, el redactor de la pieza no demuestra en ningún momento un dominio de las grafías, pero tampoco puede esperarse otra cosa. Ahora bien, lo que está claro es que no es indiferente a tratar de reflejar con su escritura la pronunciación — con la necesaria salvedad de *Incratius*, donde la cuestión afecta a la morfología —. En consecuencia, no creemos que estemos eximidos de tratar de dar una explicación al fenómeno que se registra entre estos tres nombres propios.

Zo y *Zaco* muestran la grafía regular de *i* consonántica ([j]) en posición inicial e intervocálica; esta «se convirtió primero en una espirante con valor *j* y luego dio una africada [dj] o [dz], sonido que recibe notaciones varias como *z* (*Zanuarius, Zoviano*), *s* (*Sustus = Iustus*), *di* (*codiugi = coniugi*) o simplemente *g* (*Troge = Troiae*)»⁽²⁵⁾. *Facceus*, por su parte, no admite una explicación crítico textual debida a un error en la confección del epígrafe o por una transcripción incorrecta de Martón, puesto que cualquiera de las posibles soluciones que, por ejemplo, permite el análisis de los errores causados por el tipo de letra — capital en nuestro caso —⁽²⁶⁾, origina una secuencia inexistente en lengua latina: **eacceus, *pacceus*, etc. Así pues, consideramos

(25) L. R. PALMER: *Introducción al latín*, trad. de J. J. y J. L. MORALES, Barcelona, 1984, p. 161.

(26) L. HAVET, *Manuel de critique verbale appliquée aux textes latins*, Roma, 1911 [reimpr. 1967], bajo el epígrafe mencionado.

que la interpretación correcta es la que ya propuso Hübner en su día⁽²⁷⁾, *Zacchaeus*. Ahora bien, ésta abre un complejo entramado que precisa explicación: para el anónimo redactor (i) <Z> grafiaba la africada [dz], como ha quedado dicho; (ii) <ζ> representaba un sonido diferente de la <Z> latina; y (iii) este sonido debía encontrarse próximo o ser idéntico al que transcribía con la letra <F>.

La articulación de <ζ> en griego era [zd]⁽²⁸⁾. No obstante este grupo de dos dentales (silbante y oclusiva) con los puntos de articulación muy próximos resultaba poco estable por lo que sufrió asimilación regresiva (zd > dd) o progresiva (zd > zz)⁽²⁹⁾. La primacía del segundo tipo es el que conduce a que <ζ> pase a grafiar en muchas ocasiones una fricativa dental sonora [z] frente a la sorda [s] grafiada por <σ>⁽³⁰⁾. Esta es, con seguridad, la pronunciación que aprenderían los latinos y que practicarían aquellos que se hubieran familiarizado con la pronunciación griega⁽³¹⁾.

Si consideramos la pronunciación [z] para <ζ>, entraba en colisión con el grafema <s>, puesto que transcribía tanto [s] como [z]⁽³²⁾. A esta igualdad parece guiarnos, por ejemplo, casos como el que encontramos en *CIL X 2170 Sustus < Iustus*; se ha interpretado como el paso de [j] a una pronunciación fricativa dental sonora, grafiada en latín <s>. Sin embargo, este fenómeno — identificación <i+vocal> = <s+vocal> — no pasa de ser esporádico y

(27) E. W. E. HÜBNER, *Inscriptiones Hispaniae Christianae* [n. 1], p. 48.

(28) No [ds] como se ha señalado a veces (W. BRANDENSTEIN, *Linguística griega*, trad. V. GARCÍA YEBRA, Madrid, 1964, p. 114-5; M. LEJEUNE, *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*, Paris, 1972, p. 114).

(29) M. LEJEUNE, *Phonétique historique* [n. 28], p. 114.

(30) M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre* [n. 10], p. 180 «Wiedergabe von gr. σ und ζ».

(31) «Since it was, of course, Hellenistic Greek that educated Romans of the late second century B.C. and later were familiar with, they must have pronounced such Greek words as *zona*, *lathanizo*, *citharizo* with the sound of Hellenistic ζ, namely [z] (E. H. STURTEVANT, *The Pronunciation of Greek and Latin*, 2ª ed. (1920), Westport (Conn.), 1940, p. 175). «The normal value of Lat. Z at all periods after its first introduction was approximately that of Eng. z in *zone* or Fr. z, namely [z]. In certain relatively unusual spellings of imperial times it stood for [dz] or [ts]» (*ibidem*, p. 176).

(32) Este fenómeno se halla en el origen del rotacismo, donde además puede verse la tendencia de la serie fricativa latina a evitar la sonoridad: «La -z- es, por tanto, una simple variante combinatoria perfectamente condicionada que aparece sólo en interior de vocablo ante consonante sonora o intervocálica no inicial de segundo elemento de compuesto, y por eso no es de extrañar que la lengua terminara eliminándola de alguna manera. (...) ; además se trata de eliminar por economía una variación (sorda en inicial/sonora en intervocálica) que era desconocida en el sistema, pues en latín la -f- intervocálica sólo se da en compuestos y podemos suponer que era sorda, tal como vemos que siguió siéndolo la -s- intervocálica en la misma situación» (J. A. CORREA, *S sonora en latín, ¿variante o fonema? Estudio diacrónico en Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*, 3, Madrid, 1968, p. 59-67, p. 64).

muy localizado, mientras que en latín vulgar se produce con más regularidad la confusión entre <i+vocal>, <di+vocal>, <g+vocal palatal o i>, y <z>. Por ello, el sonido era más bien africado prepalatal sonoro, [dz] ⁽³³⁾, de tal manera que se produce un cambio en el modo y en el punto de articulación ⁽³⁴⁾. El redactor de la inscripción, por tanto, percibía de manera diferente tres realizaciones fonéticas que intentó grafiar en consecuencia :

[s] : fricativa dental sorda (con sus correspondientes alófonos en contacto), <s>.

[dz] : afrizada prepalatal sonora, <z>.

[z] : fricativa dental sonora (correspondiente a ζ), <f>.

Evidentemente, no conocía el valor de <z>, como apuntaba Carnoy, pero le había adjudicado uno muy específico. La pregunta reside en por qué empleó <F> para transcribir [z]. Este grafema es la representación de un sonido fricativo labiodental (o bilabial [ɸ]), cuya existencia es un tanto inestable, puesto que se debe a un desarrollo secundario en la lengua latina a partir del indoeuropeo que carecía de ella ⁽³⁵⁾, hasta el punto que, con la salvedad de influencias analógicas (e.g. *refero*) o palabras de origen rústico o dialectal (e.g. *rufus*), la primitiva oclusiva aspirada de la que procede (*bh*, *dh*, *g^h*) debía ocupar la posición inicial de palabra. La cuestión que nos ocupa conduce, por tanto, al inestable «sistema» de las fricativas latinas : la fricativa dental sorda *s*, la fricativa labiodental (o bilabial) *f*, y la fricativa laríngea o velar *h*.

H es de todas ellas la más inestable, puesto que sólo se le reconoce estatuto fonemático en el latín clásico, donde «junto con la pronunciación diptongada de *ae*, *au*, y *oe* sería precisamente /h/ característica de la pronunciación clásica» ⁽³⁶⁾. Sin embargo, su compleja situación le lleva a formar dobles con *f*; en ellos lo más frecuente es que, donde conocemos una *h* original,

(33) M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre* [n. 10], p. 130 : «Klass. lat. *i* im Anlaut und Inlaut wird im Vulglat. über eine Spirans *j* zu einer assibilirten Affrikata *dz*, etwa *i > j > dj > dʒ > dz'*; auf Inschriften wird das Ergebnis oft durch *z* wiedergegeben : *Zanuaris* X 2466 (...); auch durch *g* vor *e*, *Troge* zu *Tria*. Dazu, ohne Zusammenhang mit altlat. *Dianus 'Ianus'*, die umgekehrte Schreibung *di* (nach *z* für *di*) in *Diavolenus 'Iavolenus'*; (...) und später die Schreibung *gi* in *Gianuaris* IX 4335 (503 n. Chr.), (...)» (cf. J. HERMAN, *El latín vulgar* [n. 9], p. 53-5, donde trata sobre el proceso de palatalización).

(34) La referencia a los alófonos que ya hemos mencionado no permite oponer sordo y sonoro.

(35) La aparición de las fricativas en griego y latín ha sido analizado y puesto al día por C. JORDÁN CÓLERA, *Nueva revisión y valoración de isófonas e isomorfas compartidas por itálico y griego*, Zaragoza, 1993, p. 55-66.

(36) X. BALLESTER, *Fonemática del Latín Clásico. Consonantismo*, Zaragoza, 1996, p. 24.

hallamos «en zonas rurales del Lacio» (37) *f* (e.g. *hircus*, *fircus*, ‘macho cabrío’); incluso se registran algunos casos en los que conocemos una palabra escrita sólo con *f*, cuando se esperaría una *h* etimológica (e.g. *fovea* ‘hoyo’). Menos habitual es que *h* sustituya a una *f* genérica (e.g. *faba*, *haba*; *febris*, *hebris*) (38). En el latín vulgar, la desaparición de la aspirada laríngea se considera un fenómeno temprano (39); por ello, el hecho de que la sustitución más frecuente sea *f* por *h* creemos que revela el deseo del hablante por reflejar la fricativa inicial cuando para él *h* era un grafema sin ningún valor. En este proceso es el modo de articulación el que desempeña el papel esencial, ya que es el rasgo que comparten ambas pronunciaciones (40). En otras palabras, nos encontraríamos con que [f] y [h] constituirían un archifonema fricativo en posición inicial /f/.

Si comprensible es la equiparación [f] = [h], más compleja es la que creemos atestiguar en *Facceus*, [f] = [z]. Nuestra hipótesis consiste en que el redactor ha percibido la pronunciación sonora [z], pero ha desechado la grafía latina <s> porque, o bien tenía conciencia de que era un nombre griego, o percibía alguna diferencia respecto de los sonidos que escribe con esa letra; <z> no puede utilizarse, puesto que, como hemos visto, la identifica con una africada prepalatal [dz]. Recurre, en consecuencia, a la única grafía disponible por medio de la cual representa un sonido con el mismo modo articulatorio fricativo, la <f> (41). En suma, recurre al archifonema fricativo inicial que mencionábamos arriba.

La utilización de esta grafía se hace más comprensible en la península, puesto que el paso *f* > *h* > Ø del español ha sido explicado «en su forma más simple y cruda» como que «la articulación de la /f/ se produjo cuando los hablantes de vasco y cántabro (y posiblemente de ibérico), que no tenían /f/ en su propia lengua, intentaron aprender la /f/ latino-romance. Al no disponer de ningún sonido semejante en su primera lengua, pusieron en su lugar una simple aspiración ([h]), imitando así el carácter fricativo e ignorando

(37) M. BASSOLS DE CLIMENT, *Fonética latina* [n. 13], p. 183.

(38) M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre* [n. 10], p. 168-9.

(39) J. HERMAN, *El latín vulgar* [n. 9], p. 48.

(40) Así se ha señalado también para el fenómeno inverso que se registra en la península ibérica en la correspondiente evolución al romance (R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español (estado lingüístico de la península ibérica hasta el siglo XI)*, Madrid, 1976 [8ª ed. corr. y aum. = 1926], p. 217).

(41) Esta explicación no es incompatible con la aparición de esta misma fricativa en *Floria*; de hecho, es en este grupo inicial, fricativa labiodental + vibrante (*fretus*) o lateral (*flumen*), donde se produce la proximidad entre las fricativas *s* y *f*, *frigus* < **srig-* (P. MONTEIL, *Elementos de fonética* [n. 10], p. 78; cf. M. LEUMANN, *Lateinische Laut- und Formenlehre* [n. 10], p. 171 y 194, donde se explica este paso producido del indoeuropeo a la lengua latina).

la articulación labiodental, que les resultaba extraña» (42). Este fenómeno no tiene por qué haber empezado en fecha tardía, sino que, admitiendo la tesis iberista al respecto, se trataría de una situación común a buena parte de la península; viene a corroborar esta situación que «cuando los godos penetraron en España los españoles no poseían ninguna *h*, pues la gótica desapareció sin dejar rastro alguno en el nombre *Arcemundo* < Harjamund, y al contrario, la *f* germánica dió *h*: Fripunandus *Hernando*» (43). El primer paso, que culmina con la sustitución de *f* inicial por *h*, está plenamente consolidado en testimonios riojanos del siglo IX.

§ 3. Conclusiones

La inscripción, como se ha visto, es rica en fenómenos a pesar de su brevedad. No obstante, que se trate de nombres propios en nominativo sin ningún tipo de construcción oracional supone un problema insalvable: carecemos de criterios morfológicos y sintácticos, además de que la antroponimia es un terreno especialmente fecundo en alteraciones. Asimismo, un fenómeno tan sorprendente como el discutido para *Facceus* carece, que nosotros sepamos, de paralelo. En consecuencia, bien pudiera tratarse de un fenómeno casual sin relación alguna con el entorno en el que se produjo. Es así que no podemos sino manifestar cautelas en cuanto a la interpretación y escepticismo al intentar una datación a través de estos rasgos.

Todos y cada uno de ellos, cuando están atestiguados, admiten una cronología coetánea a la confección del sarcófago, 340 d.C.; cuando no lo están, no hay argumentos en contra de ésta. Es, por tanto, el criterio cultural — naturaleza y uso de los nombres — y artístico — inadecuación de algunos nombres con las imágenes a las que acompañan — junto al carácter fonético de la escritura en una pieza de la cual hubiésemos esperado un mayor esmero en esas fechas el que lleva a establecer el siglo V d.C. como término *post quem*; aquí se inicia un periodo de fuerte vacilación ortográfica en la que se registra la tendencia fonética, sin que, por supuesto, el resultado tenga que ser real; un fenómeno que será común tanto al mundo visigótico como al mozárabe.

El vértice opuesto, el término *ante quem*, resulta igualmente laxo, puesto que podría ser tanto el siglo VII como el IX. El primero lo asociamos a la apertura de timbre *u > o*, que no se ha producido en *Muses*; el segundo señala la consolidación de la grafía *h* por *f*, lo que indica que o bien se ha recuperado la pronunciación aspirada de *h*, o bien la pérdida total de

(42) P. M. LLOYD, *Del latín al español I: Fonología y morfología históricas de la lengua española*, Madrid, 1993 [= 1987], p. 354; el subrayado es nuestro.

(43) R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español* [n. 40], p. 200.

la pronunciación de *f*. Cualquiera que sea la solución, el uso que de *f* se realiza en la inscripción ya no podría producirse a partir de ese momento.

Por último, el uso del crismón como abreviatura de Cristo, ya que su imagen siempre se identifica con este símbolo en el epígrafe, puede calificarse como un rasgo propio del mundo hispano-visigodo ⁽⁴⁴⁾, aunque en absoluto exclusivo. No es, desde luego, un argumento definitivo, pero apunta a la ubicación temporal en esa época, la hispano-visigoda; con más fuerza es así, si el momento preciso para su inscripción puede ser la reutilización que parece haber sufrido con posterioridad a los siglos VI o VII.

Universidad de Alicante, España.

Juan FRANCISCO MESA SANZ.

(44) J. GIL, *Para la edición de los textos visigodos y mozárabes en Habis* 4, 1973, p. 189-234. p. 193-4, quien señala el problema crítico textual que plantea este hecho en los textos literarios, puesto que admite variados desarrollos o se prefiere el uso de la abreviatura.